

EL DECAMERÓN. JORNADA CUARTA

NOVELA QUINTA

Terminada la historia de Elisa y alabada por el rey durante un rato, a Filomena le fue ordenado que contase: la cual, llena de compasión por el mísero Gerbino y su señora, luego de un piadoso suspiro, comenzó:

Mi historia, graciosas señoras, no será sobre gentes de tan alta condición como fueron aquéllas sobre quienes Elisa ha hablado, pero acaso no será menos digna de lástima; y a acordarme de ella me trae Mesina, ha poco recordada, donde sucedió el caso.

Había, pues, en Mesina tres jóvenes hermanos y mercaderes, y hombres, que habían quedado siendo bastante ricos después de la muerte de su padre, que era de San Gimignano, y tenían una hermana llamada Elisabetta, joven muy hermosa y cortés, a quien, fuera cual fuese la razón, todavía no habían casado. Y tenían además estos tres hermanos, en un almacén suyo, a un mozo paisano llamado Lorenzo, que todos sus asuntos dirigía y hacía, el cual, siendo asaz hermoso de persona y muy gallardo, habiéndolo muchas veces visto Isabetta, sucedió que empezó a gustarle extraordinariamente, de lo que Lorenzo se percató y una vez y otra, semejantemente, abandonando todos sus otros amoríos, comenzó a poner en ella el ánimo; y de tal modo anduvo el asunto que, gustándose el uno al otro igualmente, no pasó mucho tiempo sin que se atrevieran a hacer lo que los dos más deseaban.

Y continuando en ello y pasando juntos muchos buenos ratos y placenteros, no supieron obrar tan secretamente que una noche, yendo Isabetta calladamente allí donde Lorenzo dormía, el mayor de los hermanos, sin advertirlo ella, no lo advirtiese; el cual, porque era un prudente joven, aunque muy doloroso le fue enterarse de aquello, movido por muy honesto propósito, sin hacer un ruido ni decir cosa alguna, dándole vuelta a varios pensamientos sobre aquel asunto, esperó a la mañana siguiente. Después, venido el día, a sus hermanos contó lo que la pasada noche había visto entre Isabetta y Lorenzo, y junto con ellos, después de largo consejo, deliberó para que sobre su hermana no cayese ninguna infamia, pasar aquello en silencio y fingir no haber visto ni sabido nada de ello hasta que llegara el momento en que, sin daño ni deshonra suya, esta afrenta antes de que más adelante siguiera pudiesen lavarse. Y quedando en tal disposición charlando y riendo con Lorenzo tal como acostumbraban, sucedió que fingiendo irse fuera de la ciudad para solazarse llevaron los tres consigo a Lorenzo; y llegados a un lugar muy solitario y remoto, viéndose con ventaja, a Lorenzo, que de aquello nada se guardaba, mataron y enterraron de manera que nadie pudiera percatarse; y vueltos a Mesina corrieron la voz de

que lo habían mandado a algún lugar, lo que fácilmente fue creído porque muchas veces solían mandarlo de viaje.

No volviendo Lorenzo, e Isabetta muy frecuente y solícitamente preguntando por él a sus hermanos, como a quien la larga tardanza pesaba, sucedió un día que preguntándole ella muy insistentemente, uno de sus hermanos le dijo:

-¿Qué quiere decir esto? ¿Qué tienes que ver tú con Lorenzo que me preguntas por él tanto? Si vuelves a preguntarnos te daremos la contestación que mereces.

Por lo que la joven, doliente y triste, temerosa y no sabiendo de qué, dejó de preguntarles, y muchas veces por la noche lastimeramente lo llamaba y le pedía que viniese, y algunas veces con muchas lágrimas de su larga ausencia se quejaba y sin consolarse estaba siempre esperándolo. Sucedió una noche que, habiendo llorado mucho a Lorenzo que no volvía y habiéndose al fin quedado dormida, Lorenzo se le apareció en sueños, pálido y todo despeinado, y con las ropas desgarradas y podridas, y le pareció que le dijo:

-Oh, Isabetta, no haces más que llamarme y de mi larga tardanza te entristeces y con tus lágrimas duramente me acusas; y por ello, sabe que no puedo volver ahí, porque el último día que me viste tus hermanos me mataron.

Y describiéndole el lugar donde lo habían enterrado, le dijo que no lo llamase más ni lo esperase. La joven, despertándose y dando fe a la visión, amargamente lloró; después, levantándose por la mañana, no atreviéndose a decir nada a sus hermanos, se propuso ir al lugar que le había sido mostrado y ver si era verdad lo que en sueños se le había aparecido. Y obteniendo licencia de sus hermanos para salir algún tiempo de la ciudad a pasearse en compañía de una que otras veces con ellos había estado y todos sus asuntos sabía, lo antes que pudo allá se fue, y apartando las hojas secas que había en el suelo, donde la tierra le pareció menos dura allí cavó; y no había cavado mucho cuando encontró el cuerpo de su mísero amante en nada estropeado ni corrompido; por lo que claramente conoció que su visión había sido verdadera. De lo que más que mujer alguna adolorida, conociendo que no era aquél lugar de llantos, si hubiera podido todo el cuerpo se hubiese llevado para darle sepultura más conveniente; pero viendo que no podía ser, con un cuchillo lo mejor que pudo le separó la cabeza del tronco y, envolviéndola en una toalla y arrojando la tierra sobre el resto del cuerpo, poniéndosela en el regazo a la criada, sin ser vista por nadie, se fue de allí y se volvió a su casa.

Allí, con esta cabeza en su alcoba encerrándose, sobre ella lloró larga y amargamente hasta que la lavó con sus lágrimas, dándole mil besos en todas partes. Luego cogió un tiesto grande y hermoso, de esos donde se planta la mejorana o la albahaca, y la puso dentro envuelta en un hermoso paño, y luego,

poniendo encima la tierra, sobre ella plantó algunas matas de hermosísima albahaca salernitana, y con ninguna otra agua sino con agua de rosas o de azahares o con sus lágrimas la regaba; y había tomado la costumbre de estar siempre cerca de este tiesto, y de cuidarlo con todo su afán, como que tenía oculto a su Lorenzo, y luego de que lo había cuidado mucho, poniéndose junto a él, empezaba a llorar, y mucho tiempo, hasta que toda la albahaca humedecía, lloraba. La albahaca, tanto por la larga y continua solicitud como por la riqueza de la tierra procedente de la cabeza corrompida que en ella había, se puso hermosísima y muy olorosa.

Y continuando la joven siempre de esta manera, muchas veces la vieron sus vecinos; los cuales, al maravillarse sus hermanos de su estropeada hermosura y de que los ojos parecían salirse de la cara, les dijeron:

-Nos hemos apercebido de que todos los días actúa de tal manera. Lo que, oyendo sus hermanos y advirtiéndolo ellos, habiéndola reprendido alguna vez y no sirviendo de nada, ocultamente hicieron quitarle aquel tiesto. Y no encontrándolo ella, con grandísima insistencia lo pidió muchas veces, y no devolviéndoselo, no cesando en el llanto y las lágrimas, enfermó y en su enfermedad no pedía otra cosa que el tiesto. Los jóvenes se maravillaron mucho de esta petición y por ello quisieron ver lo que había dentro; y vertida la tierra vieron el paño y en él la cabeza todavía no tan consumida que en el cabello rizado no conocieran que era la de Lorenzo. Por lo que se maravillaron mucho y temieron que aquello se supiera; y enterrándola sin decir nada ocultamente salieron de Mesina y ordenando la manera de irse de allí se fueron a Nápoles.

No dejando de llorar la joven y siempre pidiendo su tiesto llorando murió y así tuvo fin su desventurado amor.

NOVELA NOVENA

Habiendo terminado la historia de Neifile no sin haber hecho sentir gran compasión a todas sus compañeras, el rey, que no entendía abolir el privilegio de Dioneo, no quedando nadie más por narrar, comenzó: se me ha puesto delante, compasivas señoras, una historia con la cual, puesto que así os conmueven los infortunados casos de amor, os convendrá sentir no menos compasión que con la pasada, porque más altos fueron aquellos a quienes sucedió lo que voy a contar y con un accidente más atroz que los que aquí se han contado.

Debéis, pues, saber que, según cuentan los provenzales, en Provenza hubo hace tiempo dos nobles caballeros, de los que cada uno castillos y vasallos tenía, y tenía uno por nombre micer Guiglielmo de Rosellón y el otro micer Guiglielmo Guardastagno; y porque el uno y el otro eran muy de pro con las armas, mucho

se amaban y tenían por costumbre ir siempre a todo torneo o justas u otro hecho de armas juntos y llevando una misma divisa.

Y aunque cada uno vivía en un castillo suyo y estaban uno del otro lejos más de diez millas, sucedió sin embargo que, teniendo micer Guiglielmo de Rosellón una hermosísima y atrayente señora por mujer, micer Guiglielmo Guardastagno, fuera de toda medida y no obstante la amistad y la compañía que había entre ellos, se enamoró de ella; y tanto, ora con un acto ora con otro, hizo que la señora se apercibió; y sabiéndolo valerosísimo caballero, le agradó, y comenzó a amarle hasta tal punto que nada deseaba o amaba más que a él, y no esperaba sino ser requerida por él; lo que no pasó mucho tiempo sin que sucediese, y juntos estuvieron una vez y otra, amándose mucho. Y obrando menos discretamente juntos, sucedió que el marido se apercibió de ello y fieramente se enfureció, hasta el punto que el gran amor que a Guardastagno tenía se convirtió en mortal odio, pero mejor lo supo tener oculto que los dos amantes habían podido tener su amor; y deliberó firmemente matarlo. Por lo cual, estando el de Rosellón en esta disposición, sucedió que se pregonó en Francia un gran torneo; lo que el de Rosellón incontinenti hizo decir a Guardastagno, y le mandó decir que si le placía, viniera a donde él y juntos deliberarían si iban a ir y cómo. Guardastagno, contentísimo, respondió que al día siguiente sin falta iría a cenar con él. Rosellón, oyendo aquello, pensó que había llegado el momento de poder matarlo, y armándose, al día siguiente, con algún hombre suyo, montó a caballo, y a cerca de una milla de su castillo se puso en acecho en un bosque por donde debía pasar Guardastagno; y habiéndolo esperado un buen espacio, lo vio venir desarmado con dos hombres suyos junto a él, desarmados como él, que nada desconfiaba; y cuando le vio llegar a aquella parte donde quería, cruel y lleno de rencor, con una lanza en la mano, le salió al paso gritando:

-¡Traidor, eres muerto!

Y decir esto y darle con aquella lanza en el pecho fue una sola cosa; Guardastagno, sin poder nada en su defensa ni decir una palabra, atravesado por aquella lanza, cayó en tierra y poco después murió. Sus hombres, sin haber conocido a quien lo había hecho, vueltas las cabezas a los caballos, lo más que pudieron huyeron hacia el castillo de su señor. Rosellón, desmontando, con un cuchillo abrió el pecho de Guardastagno y con sus manos le sacó el corazón, y haciéndolo envolver en el pendón de una lanza, mandó a uno de sus vasallos que lo llevase; y habiendo ordenado a todos que nadie fuera tan osado que dijese una palabra de aquello, montó de nuevo a caballo y, siendo ya de noche, volvió a su castillo. La señora, que había oído que Guardastagno debía ir a

cenar por la noche, y con grandísimo deseo lo esperaba, no viéndolo venir, se maravilló mucho y dijo al marido:

-¿Y cómo es esto, señor, que Guardastagno no ha venido?

A lo que el marido repuso:

-Señora, he sabido de su parte que no puede llegar aquí sino mañana. De lo que la señora quedó un tanto enojada.

Rosellón, desmontando, hizo llamar al cocinero y le dijo:

-Coge aquel corazón de jabalí y prepara el mejor alimento y más deleitoso de comer que sepas; y cuando esté a la mesa, mándamelo en una escudilla de plata. El cocinero, cogiéndolo y poniendo en ello todo su arte y toda su solicitud, desmenuzándolo y poniéndole muchas buenas especias, hizo con él un manjar exquisito. Micer Guiglielmo, cuando fue hora, con su mujer se sentó a la mesa. Vino la comida, pero él, por la maldad cometida impedido su pensamiento, poco comió. El cocinero le mandó el manjar, que hizo poner delante de la señora, mostrándose él aquella noche desganado, y lo alabó mucho. La señora, que desganada no estaba, comenzó a comerlo y le pareció bueno, por lo que lo comió todo.

Cuando el caballero hubo visto que la señora lo había comido todo, dijo: - Señora, ¿qué tal os ha parecido esa comida?

La señora repuso:

-Monseñor, a fe que me ha placido mucho.

-Así me ayude Dios como lo creo -dijo el caballero- y no me maravillo si muerto os ha gustado lo que vivo os gustó más que cosa alguna.

La señora, esto oído, un poco se quedó callada; luego dijo: -¿Cómo? ¿Qué es lo que me habéis dado a comer?

El caballero repuso:

-Lo que habéis comido ha sido verdaderamente el corazón de micer Guiglielmo Guardastagno, a quien como mujer desleal tanto amábais; y estad cierta de que ha sido eso porque yo con estas manos se lo he arrancado del pecho.

La señora, oyendo esto de aquél a quien más que a ninguna cosa amaba, si sintió dolor no hay que preguntarlo, y luego de un poco dijo:

-Habéis hecho lo que cumple a un caballero desleal y malvado; que si yo, no forzándome él, le había hecho señor de mi amor y a vos ultrajado con esto, no él sino yo era quien debía sufrir el castigo. Pero no plazca a Dios que sobre una comida tan noble como ha sido la del corazón de un tan valeroso y cortés caballero como micer Guiglielmo Guardastagno fue, nunca caiga otra comida. Y

poniéndose en pie, por una ventana que detrás de ella estaba, sin dudarle un momento, se arrojó. La ventana estaba muy alta; por lo que al caer la señora no solamente se mató, sino que se hizo pedazos. Micer Guiglielmo, viendo esto, mucho se turbó, y le pareció haber hecho mal; y temiendo a los campesinos y al conde de Provenza, haciendo ensillar los caballos, se fue de allí. A la mañana siguiente fue sabido por toda la comarca cómo había sucedido aquello: por lo que, por los del castillo de micer Guiglielmo Guardastagno y por los del castillo de la señora, con grandísimo dolor y llanto fueron los dos cuerpos recogidos y en la iglesia del mismo castillo de la señora puestos en una misma sepultura, y sobre ella escritos versos diciendo quiénes eran los que dentro estaban sepultados, y el modo y la razón de su muerte.

EL DECAMERÓN. JORNADA SÉPTIMA

NOVELA SEGUNDA

Con grandísima risa fue la historia de Emilia escuchada y la oración como buena y santa elogiada por todos, siendo llegado el fin de la cual mandó el rey a Filostrato que siguiera, el cual comenzó: Carísimas señoras mías, son tantas las burlas que los hombres os hacen y especialmente los maridos, que cuando alguna vez sucede que alguna al marido se la haga, no debíais vosotras solamente estar contentas de que ello hubiera ocurrido, o de enteraros de ello o de oírlo decir a alguien, sino que deberíais vosotras mismas ir la contando por todas partes, para que los hombres conozcan que si ellos saben, las mujeres por su parte, saben también; lo que no puede sino seros útil porque cuando alguien sabe que otro sabe, no se pone a querer engañarlo demasiado fácilmente. ¿Quién duda, pues, que lo que hoy vamos a decir en torno a esta materia, siendo conocido por los hombres, no sería grandísima ocasión de que se refrenasen en burlaros, conociendo que vosotras, si queréis, sabríais burlarlos a ellos? Es, pues, mi intención contaros lo que una jovencita, aunque de baja condición fuese, casi en un momento, para salvarse hizo a su marido.

No hace casi nada de tiempo que un pobre hombre, en Nápoles, tomó por mujer a una hermosa y atrayente jovencita llamada Peronella; y él con su oficio, que era de albañil, y ella hilando, ganando muy escasamente, su vida gobernaban como mejor podían. Sucedió que un joven galanteador, viendo un día a esta Peronella y gustándole mucho, se enamoró de ella, y tanto de una manera y de otra la solicitó que llegó a intimar con ella. Y para estar juntos tomaron el acuerdo de que, como su marido se levantaba temprano todas las mañanas para ir a trabajar o a buscar trabajo, que el joven estuviera en un lugar de donde lo viese salir; y siendo el barrio donde estaba, que Avorio se llama, muy solitario, que, salido él, éste a la casa entrase; y así lo hicieron muchas veces.

Pero entre las demás sucedió una mañana que, habiendo el buen hombre salido, y Giannello Scrignario, que así se llamaba el joven, entrado en su casa y estando con Peronella, luego de algún rato (cuando en todo el día no solía volver) a casa se volvió, y encontrando la puerta cerrada por dentro, llamó y después de llamar comenzó a decirse: -Oh, Dios, alabado seas siempre, que, aunque me hayas hecho pobre, al menos me has consolado con una buena y honesta joven por mujer. Ve cómo enseguida cerró la puerta por dentro cuando yo me fui para que nadie pudiese entrar aquí que la molestase.

Peronella, oyendo al marido, que conoció en la manera de llamar, dijo:

-¡Ay! Giannelo mío, muerta soy, que aquí está mi marido que Dios confunda, que ha vuelto, y no sé qué quiere decir esto, que nunca ha vuelto a esta hora; tal vez te vio cuando entraste. Pero por amor de Dios, sea como sea, métete en esa tinaja que ves ahí y yo iré a abrirle, y veamos qué quiere decir este volver esta mañana tan pronto a casa.

Giannello prestamente entró en la tinaja, y Peronella, yendo a la puerta, le abrió al marido y con mal gesto le dijo:

-¿Pues qué novedad es ésta que tan pronto vuelvas a casa esta mañana?

A lo que me parece, hoy no quieres dar golpe, que te veo volver con las herramientas en la mano; y si eso haces, ¿de qué viviremos? ¿De dónde sacaremos pan? ¿Crees que voy a sufrir que me empeñes el zagalejo y las demás ropas mías, que no hago día y noche más que hilar, tanto que tengo la carne desprendida de las uñas, para poder por lo menos tener aceite con que encender nuestro candil? Marido, no hay vecina aquí que no se maraville y que no se burle de mí con tantos trabajos y cuáles que soporto; y tú te me vuelves a casa con las manos colgando cuando deberías estar en tu trabajo.

Y dicho esto, comenzó a sollozar y a decir de nuevo:

-¡Ay! ¡Triste de mí, desgraciada de mí! ¡En qué mala hora nací! En qué mal punto vine aquí, que habría podido tener un joven de posición y no quise, para venir a dar con este que no piensa en quién se ha traído a casa. Las demás se divierten con sus amantes, y no hay una que no tenga quién dos y quién tres, y disfrutan, y le enseñan al marido la luna por el sol; y yo, ¡mísera de mí!, porque soy buena y no me ocupo de tales cosas, tengo males y malaventura. No sé por qué no cojo esos amantes como hacen las otras. Entiende bien, marido mío, que si quisiera obrar mal, bien encontraría con quién, que los hay bien peripuestos que me aman y me requieren y me han mandado propuestas de mucho dinero, o si quiero ropas o joyas, y nunca me lo sufrió el corazón, porque soy hija de mi madre; ¡y tú te me vuelves a casa cuando tenías que estar trabajando!

Dijo el marido:

-¡Bah, mujer!, no te molestes, por Dios; debes creer que te conozco y sé quién eres, y hasta esta mañana me he dado cuenta de ello. Es verdad que me fui a trabajar, pero se ve que no lo sabes, como yo no lo sabía; hoy es el día de San Caleone y no se trabaja, y por eso me he vuelto a esta hora a casa; pero no he dejado de buscar y encontrar el modo de que hoy tengamos pan para un mes, que he vendido a este que ves aquí conmigo la tinaja, que sabes que ya hace tiempo nos está estorbando en casa: ¡y me da cinco liriados !

Dijo entonces Peronella:

-Y todo esto es ocasión de mi dolor: tú que eres un hombre y vas por ahí y debías saber las cosas del mundo has vendido una tinaja en cinco liriados que yo, pobre mujer, no habías apenas salido de casa cuando, viendo lo que estorbaba, la he vendido en siete a un buen hombre que, al volver tú, se metió dentro para ver si estaba bien sólida.

Cuando el marido oyó esto se puso más que contento, y dijo al que había venido con él para ello: -Buen hombre, vete con Dios, que ya oyes que mi mujer la ha vendido en siete cuando tú no me dabas más que cinco.

El buen hombre dijo: -¡Sea en buena hora! Y se fue.

Y Peronella dijo al marido:

-¡Ven aquí, ya estás aquí, y vigila con él nuestros asuntos! Giannello, que estaba con las orejas tiesas para ver si de algo tenía que temer o protegerse, oídas las explicaciones de Peronella, prestamente salió de la tinaja; y como si nada hubiera oído de la vuelta del marido, comenzó a decir:

-¿Dónde estáis, buena mujer?

A quien el marido, que ya venía, dijo:

-Aquí estoy, ¿qué quieres?

Dijo Giannello:

-¿Quién eres tú? Quiero hablar con la mujer con quien hice el trato de esta tinaja. Dijo el buen hombre:

-Habla con confianza conmigo, que soy su marido.

Dijo entonces Giannello:

-La tinaja me parece bien entera, pero me parece que habéis tenido dentro heces, que está todo embadurnado con no sé qué cosa tan seca que no puedo quitarla con las uñas, y no me la llevo si antes no la veo limpia.

Dijo Peronella entonces:

-No, por eso no quedará el trato; mi marido la limpiará.

Y el marido dijo:

-Sí, por cierto.

Y dejando las herramientas y quedándose en camino, se hizo encender una luz y dar una raedera, y entró dentro incontinenti y comenzó a raspar.

Y Peronella, como si quisiera ver lo que hacía, puesta la cabeza en la boca de la tinaja, que no era muy alta, y además de esto uno de los brazos con todo el hombro, comenzó a decir a su marido: -Raspa aquí, y aquí y también allí... Mira que aquí ha quedado una pizquita. Y mientras así estaba y al marido enseñaba y corregía, Giannello, que completamente no había aquella mañana su deseo todavía satisfecho cuando vino el marido, viendo que como quería no podía, se ingenió en satisfacerlo como pudiese; y arrimándose a ella que tenía toda tapada la boca de la tinaja, de aquella manera en que en los anchos campos los desenfrenados caballos encendidos por el amor asaltan a las yeguas de Partia, a efecto llevó el juvenil deseo; el cual casi en un mismo punto se completó y se terminó de raspar la tinaja, y él se apartó y Peronella quitó la cabeza de la tinaja, y el marido salió fuera. Por lo que Peronella dijo a Giannello:

-Coge esta luz, buen hombre, y mira si está tan limpia como quieres Giannello, mirando dentro, dijo que estaba bien y que estaba contento y dándole siete liriados se la hizo llevar a su casa.

NOVELA SEXTA

Maravillosamente había agradado a todos la novela de Fiameta, afirmando cada uno que la mujer había obrado óptimamente y hecho lo que convenía a aquel animal de hombre. Pero luego de que hubo terminado, el rey a Pampínea ordenó que siguiese; la cual comenzó a decir: Son muchos quienes, hablando como simples, dicen que Amor le quita a uno el juicio y que a los que aman hace aturdidos. Necia opinión me parece; y bastante las ya dichas cosas lo han mostrado, y yo intento mostrarlo también.

En nuestra ciudad, copiosa en todos los bienes, hubo una señora joven y noble y muy hermosa, la cual fue mujer de un caballero muy valeroso y de bien. Y como muchas veces ocurre que siempre el hombre no puede usar una comida sino que a veces desea variar, no satisfaciendo a esta señora mucho su marido, se enamoró de un joven que Leonetto era llamado, muy amable y cortés, aunque no fuese de gran nacimiento, y él del mismo modo se enamoró de ella: y como sabéis que raras veces queda sin efecto lo que las dos partes quieren, en dar a su amor cumplimiento no se interpuso mucho tiempo. Ahora, sucedió que, siendo esta mujer hermosa y amable, de ella se enamoró mucho un caballero llamado micer Lambertuccio, al cual ella, porque hombre

desagradable y cargante le parecía, por nada del mundo podía disponerse a amarlo; pero solicitándola él mucho con embajadas y no valiéndole, siendo hombre poderoso, la mandó amenazar con difamarla si no hacía su gusto, por la cual cosa la señora, temiéndolo y sabiendo cómo era, se plegó a hacer su deseo.

Y habiendo la señora (que doña Isabela tenía por nombre) ido, como es costumbre nuestra en verano, a estarse en una hermosísima tierra suya en el campo, sucedió, habiendo su marido ido a caballo a algún lugar para quedarse algún día, que mandó ella a por Lionetto para que viniese a estar con ella; el cual, contentísimo, fue incontinenti. Micer Lambertuccio, oyendo que el marido de la señora se había ido fuera, solo, montando a caballo, se fue a donde ella estaba y llamó a la puerta. La criada de la señora, al verlo, se fue incontinenti a ella, que estaba en la alcoba con Lionetto y, llamándola, le dijo:

-Señora, micer Lambertuccio está ahí abajo él solo.

La señora, al oír esto, fue la más doliente mujer del mundo; pero temiéndole mucho, rogó a Leonetto que no le fuera enojoso esconderse un rato tras la cortina de la cama hasta que micer Lambertuccio se fuese. Leonetto, que no menor miedo de él tenía de lo que tenía la señora, allí se escondió; y ella mandó a la criada que fuese a abrir a micer Lambertuccio; la cual, abriéndole y descabalgando él de su palafrén y atado éste allí a un gancho, subió arriba.

La señora, poniendo buena cara y viniendo hasta lo alto de la escalera, lo más alegremente que pudo le recibió con palabras y le preguntó qué andaba haciendo. El caballero, abrazándola y besándola, le dijo: -Alma mía, oí que vuestro marido no estaba, así que me he venido a estar un tanto con ella. Y luego de estas palabras, entrando en la alcoba y cerrando por dentro, comenzó micer Lambertuccio a solazarse con ella.

Y estando así con ella, completamente fuera de los cálculos de la señora, sucedió que su marido volvió: el cual, cuando la criada lo vio junto a la casa, corrió súbitamente a la alcoba de la señora y dijo: -Señora, aquí está el señor que vuelve: creo que está ya en el patio. La mujer, al oír esto y al pensar que tenía dos hombres en casa (y sabía que el caballero no podía esconderse porque su palafrén estaba en el patio), se tuvo por muerta; sin embargo, arrojándose súbitamente de la cama, tomó un partido y dijo a micer Lambertuccio: -Señor, si me queréis algo bien y queréis salvarme de la muerte, haced lo que os diga. Cogereis en la mano vuestro puñal desnudo, y con mal gesto y todo enojado bajaréis la escalera y os iréis diciendo: «Voto a Dios que lo cogere en otra parte»; y si mi marido quisiera reteneros u os preguntase algo, no digáis nada sino lo que os he dicho, y, montando a caballo, por ninguna razón os quedéis con él. Micer Lambertuccio dijo que de buena gana; y sacando fuera el puñal, todo sofocado entre las fatigas pasadas y la ira sentida por la vuelta del caballero,

como la señora le ordenó así hizo. El marido de la señora, ya descabalgando en el patio, maravillándose del palafrén y queriendo subir arriba, vio a micer Lambertuccio bajar y asombróse de sus palabras y de su rostro y le dijo: -¿Qué es esto, señor?

Micer Lambertuccio, poniendo el pie en el estribo y montándose encima, no dijo sino: -Por el cuerpo de Dios, lo encontraré en otra parte.

Y se fue.

El gentilhombre, subiendo arriba, encontró a su mujer en lo alto de la escalera toda espantada y llena de miedo, a la cual dijo:

-¿Qué es esto? ¿A quién va micer Lambertuccio tan airado amenazando?

La mujer, acercándose a la alcoba para que Leonetto la oyese, repuso:

-Señor, nunca he tenido un miedo igual a éste. Aquí dentro entró huyendo un joven a quien no conozco y a quien micer Lambertuccio seguía con el puñal en la mano, y encontró por acaso esta alcoba abierta, y todo tembloroso dijo: «Señora, ayudadme por Dios, que no me maten en vuestros brazos». Yo me puse de pie de un salto y al querer preguntarle quién era y qué le pasaba, hete aquí micer Lambertuccio que venía subiendo diciendo:

«¿Dónde estás, traidor?». Yo me puse delante de la puerta de la alcoba y, al querer entrar él, le detuve; en eso fue cortés que, como vio que no me placía que entrase aquí dentro, después de decir muchas palabras se bajó como lo visteis.

Dijo entonces el marido.

-Mujer, hicisteis bien; muy gran deshonra hubiera sido que hubiesen matado a alguien aquí dentro, y micer Lambertuccio hizo una gran villanía en seguir a nadie que se hubiera refugiado aquí dentro. Luego preguntó dónde estaba aquel joven.

La mujer contestó:

-Señor, yo no sé dónde se haya escondido.

El caballero dijo:

-¿Dónde estás? Sal con confianza.

Leonetto, que todo lo había oído, todo miedoso como quien miedo había pasado de verdad, salió fuera del lugar donde se había escondido.

Dijo entonces el caballero:

-¿Qué tienes tú que ver con micer Lambertuccio?

El joven repuso:

-Señor, nada del mundo; y por ello creo firmemente que no esté en su juicio o que me haya tomado por otro, porque en cuanto me vio no lejos de esta casa, en la calle, echó mano al puñal y dijo: «Traidor, ¡muerto eres!». Yo no me puse a preguntarle que por qué razón sino que comencé a huir cuanto pude y me vine aquí, donde, gracias a Dios y a esta noble señora, me he salvado. Dijo entonces el caballero:

-Pues anda, no tengas ningún miedo; te pondré en tu casa sano y salvo, y luego entérate bien de lo que tienes que ver con él.

Y en cuanto hubieron cenado, haciéndole montar a caballo, se lo llevó a Florencia y lo dejó en su casa; el cual, según las instrucciones recibidas de la señora, aquella misma noche habló con micer Lambertuccio ocultamente y con él se puso de acuerdo de tal manera que, por mucho que se hablase de aquello después, nunca por ello se enteró el caballero de la burla que le había hecho su mujer.